

LOS HOMBRES MUERTOS NO PUEDEN HABLAR de Autor

Cuando un interruptor es apretado por una persona, la corriente eléctrica es capaz de llegar hasta el receptor casi instantáneamente, en este caso el receptor era una antigua bombilla desgastada por el tiempo con una vida útil de 32 años. 32 años tenía la persona que se encontraba en una habitación, a un metro del suelo, con un collar bastante peculiar enganchado del techo. 6 años tenía la persona que había encendido el interruptor.

- ¿Qué ha pasado aquí? - preguntó el niño.

Nadie le respondió y el niño se puso a deambular por la habitación. Todo estaba desperdigado por el suelo, había cúmulos de papeles, documentos y carpetas alrededor suyo. Un repentino aroma dulce y fresco entró por las fosas nasales del niño, éste comenzó a buscar el lugar de origen del olor y lo encontró debajo de una pila de fotografías, lo curioso era que al lado de esas fotos había un ramo de flores, pero ningún olor emanaba de él. Aquellas fotografías mostraban a una mujer, una mujer bella, una mujer joven, una mujer que no era, ni se parecía, a la madre del niño.

Después de retirar todas esas fotografías se pudo descubrir una pequeña libreta, una libreta que era, aparentemente, intrascendente.

El niño abrió la libreta, la abrió por la última página. Le encanta leer el final de los libros sin saber que ha sucedido durante la historia. La última frase escrita decía así: “lo siento mucho hijo”.

El niño cerró la libreta, no sabía qué esperar de esta historia, lo único que sabía era que un padre iba a decepcionar a su hijo. Ahora sí, la agarró fuertemente con sus dos pequeñas manos y empezó a leer desde el principio, palabra tras palabra hasta llegar hasta el final:

Me gustan sus ojos, me gusta su nariz, me gusta su pelo, me gustan sus ojos. ¿Cómo ha llegado a pasar todo esto?, ¿cómo ha ocurrido? Hay un mito japonés que dice que un hilo rojo une a dos personas que están destinadas a amarse. ¿He encontrado el final del hilo?, ¿he encontrado mi destino?

No sé cómo se llama, la estoy buscando. La vi sentada en un banco de un parque, con las piernas cruzadas, leyendo un libro del cual no pude ver la portada. Me miró, ¿me miró?, le sonreí, me fui.

¿Qué pasó?, ¿qué pasó en ese momento para olvidarme de que tenía una mujer? Yo quiero a mi mujer, la conozco desde hace muchos años, tengo un hijo precioso con ella, no lo entiendo, simplemente pasó.

He comprado flores, rosas. Le he dado las flores a mi mujer, le han encantado, me gustan estos momentos, quiero a mi mujer, quiero a mi hijo, quiero estar con mi familia.

Tengo que querer a mi mujer, necesito querer a mi mujer.

Tengo una familia maravillosa.

La he visto, hoy la he visto, la he visto. Estaba con mi hijo en un museo y la he visto, ella estaba observando detenidamente un cuadro, no sé qué cuadro era. Por los gestos que ella hacía con su rostro pude intuir cómo intentaba descifrar el cuadro, al igual que yo la intentaba descifrar a ella. Como una melodía de Mozart, como una película de Federico Fellini, el cuadro debía de ser una obra maestra para estar siendo contemplado de tal manera, las pinceladas, las formas, la textura, el color, todo tendría que formar una bella armonía.

¿Por qué?, ¿por qué a mí? Estoy perdido y no tengo manera de volver a encontrarme, por mucho que lo intento no soy capaz, se me ha ido la cabeza.

Los días son muy largos y las noches interminables, no la he visto por la calle, no la he visto por el parque, no la he visto por el museo. Tengo el presentimiento de que no la voy a volver a ver y eso me asusta. No sé qué hacer.

Le doy vueltas y más vueltas, pero sólo se me ocurre una única idea, es muy difícil tomar esta decisión. ¿Y si abandono todo por este bonito sueño?, me atormentan las consecuencias que puedan conllevar hacer esto, es sólo que siento que debo hacerlo.

No duermo, no como, no río, no vivo. Me voy, me voy, lo único que hago es soñar con ella, voy a buscarla y aunque no la encuentre sabré que he hecho lo correcto. Voy a buscar eso que tanto anhelo, eso que tanto deseo y nadie me lo va a poder arrebatar de las manos.

No me voy a despedir de mi familia, soy incapaz. No les podría decir nada para que me pudieran entender, así que no les voy a decir nada. Un día, simplemente, me habré ido,

ellos no sabrán a dónde, ni porqué me habré ido, ni si habrían podido hacer algo para evitarlo. A la madre de mi hijo le daré un ramo de flores y a mi hijo no podré darle más que un abrazo.

¿Qué pensará mi hijo?, espero que no piense que su padre es un desgraciado, como le dirá su madre. Espero que cuando piense en mí se acuerde de todos los momentos que hemos pasado juntos y de todos los abrazos que nos hemos dado, te quiero.

Lo siento mucho hijo.

El niño cerró el libro y cuidadosamente lo dejó sobre la mesa. No pudo pensar sobre lo que acababa de leer porque justo, un hombre de 32 años abrió la puerta.

- ¡Papá! - exclamó el niño.

Al momento, se fue corriendo hacia su padre. El niño ignoró completamente la posibilidad de que su padre pudiera estar relacionado con la historia que acababa de leer y le dio un abrazo, un abrazo que ambos, el padre y el protagonista de la historia necesitaban.

Cuando el niño se marchó de la habitación, una lágrima de agua dulce brotó del ojo izquierdo del padre. La lágrima recorrió lentamente todas las facciones de su cara, el pómulos, la mejilla, los labios... e, irremediabilmente, terminó cayendo al vacío.

El padre iba a partir en su viaje, pero el destino de ese viaje había cambiado. Rememoró toda su existencia en unos pequeños instantes mientras miraba esa libreta, esa horrible libreta que ya ni se acuerda de cuando, ni cómo pudo ser capaz de pensar así.

En la lejanía, oyó el sonido de una levísima brisa, efímera, veloz y silenciosa.